

fuerte posición, desde la que protegía á la capital. Se quedó, dirigiendo solicitud de socorro ó de mediación á Toscana, á España y á Nápoles. La muchedumbre se precipitaba á las iglesias á implorar el socorro del cielo contra los impíos invasores. Menudearon los milagros. Muchas imágenes de la Virgen movieron los ojos, por testimonio de millares de testigos, que sólo divergían en afirmar los unos que las miradas eran de consuelo y esperanza, los otros, que de aflicción y tristeza. En Ancona, una de estas estatuas atraía millares de fieles; Bonaparte, sospechando una superchería de los sacerdotes, se la hizo traer y la examinó, sin descubrir en ella rastro de mecanismo; le quitó la diadema y el collar, cuajados de piedras y perlas preciosas, con el objeto de repartir el valor en dos mitades, la una para el hospital de la ciudad y la otra para dotar á las doncellas pobres; pero, como una persona discreta le observase que esto irritaría al pueblo, mandó devolver la imagen á la iglesia, con todas sus joyas. No tuvo la misma suerte la célebre Virgen del Santuario de Loreto, cuyas joyas, justipreciadas en un millón de francos, ingresaron en la caja del ejército y la estatua fué llevada á París, á disposición del Directorio, con la lacónica nota: «La imagen es de madera». Estos actos horrorizaron á las masas, que no comprendían cómo la tierra no se tragaba á los sacrílegos franceses; pero nadie fué para empuñar las armas y resistir.

En Ancona, visitó á Bonaparte el embajador napolitano, Belmonte Pignatelli, que tenía encargo de su gobierno de inclinar el ánimo del general á la paz con el Papa. Bonaparte se mostró disgustadísimo de que el rey se inmiscuyese en este asunto, y añadió: «Hasta aquí me he callado; ahora que tengo setenta mil hombres disponibles, os diré en confianza que si el rey me arroja el guante lo recogeré». Para calmarle, Belmonte se limitó á ofrecer la mediación de Nápoles, y entonces Bonaparte manifestó que la República estaba dispuesta á complacer á su rey en los límites de lo posible. Pero esta mediación no gustaba á Bonaparte, temiendo que le ocasionase dificultades y pérdida de tiempo, y se dispuso á negociar directamente con el Papa. Cabalmente, acababa de contestar á su carta el cardenal Mattei, mostrándose intransigente sobre lo de reconocer en Francia la constitución civil del clero, pero muy bien dispuesto á la paz. «Por lo demás, decía, si deseáis la paz, todavía más la deseamos nosotros; para obtenerla, el Papa hará todos los sacrificios compatibles con el cumplimiento de sus sagrados deberes». Esta carta confirmó á Bonaparte en su propósito de dejar á un lado las cuestiones religiosas, aun á trueque de desagradar á Lareveillere. «He reconocido en vuestra carta la sencillez de costumbres que os caracteriza», empezaba diciendo en la que escribió al cardenal el trece de Febrero. Luego exponía que el Papa salvaría sus Estados si se confiaba á la generosidad francesa, y pedía que antes de cinco días se le enviase un plenipotenciario á Foligno, donde deseaba dar personalmente á Su Santidad una prueba de su profunda estima. En vez de un plenipotenciario, el Papa le envió una gran embajada, compuesta del cardenal

Mattei, el negociador florentino Galeppi, su propio sobrino el duque Braschi y el marqués Massini, su confidente político más influyente, los cuales llegaron al cuartel enemigo el diez y ocho de Febrero. Bonaparte se encerró en la más profunda reserva sobre las condiciones, incluso con el embajador francés en Roma, general Cacault, que se había trasladado al cuartel general para firmar el tratado. A los enviados romanos los recibió cortesmente y les despidió con grandes cumplidos, pero sin decirles una sola palabra. El cardenal Mattei temblaba. Acordábase, como si le acabase de pasar, de que cuando fué preso y conducido de Ferrara á Brescia, le dijo Bonaparte: «Cardenal, no sabe su Eminencia que puedo hacerle fusilar».—«Lo sé, y sólo pido á usted un cuarto de hora para prepararme, respondió Mattei».—«De ningún modo, replicó Bonaparte; no sea Su Eminencia tan excitable; tiene formada de mí una idea muy falsa; desengáñese, soy el mejor amigo de Roma». El viejo sacerdote no pudo librarse, al hallarse otra vez frente al temible general, del terror que aquellas palabras le causaran. Suplicó á Cacault que á cualquier hora, del día ó de la noche, le participase lo que averiguara acerca de la suerte que les aguardaba. A media noche, Bonaparte llamó á Cacault y le enteró de las condiciones de la paz. Fiel á su palabra, el embajador francés corrió á comunicárselo á Mattei, y le prometió suscitar dilaciones para darle tiempo á reflexionar. Cuando volvió al cuarto de Bonaparte para redactar el tratado, le observó que no había recibido poder del Directorio. «Yo tengo todos los poderes necesarios, le interrumpió el general: manos á la obra». El diez y nueve de Febrero por la mañana, se llamó á los enviados romanos, que exhibieron sus poderes sin pedir los de los representantes de Francia, y suscribieron como ovejas, sin decir palabra, la sentencia dictada contra su país.

Por tal modo se concluyó el tratado de Tolentino, cuyos extremos eran: retirarse el Papa de toda alianza contra Francia; licenciar sus regimientos recién formados; cerrar sus puertos á los buques de guerra de los Estados enemigos de la República; renunciar á la ciudad de Aviñón y al condado de Venesino; ceder la Romanía y las legaciones de Bolonia y Ferrara; pagar treinta millones en los meses de Marzo y Abril, además de los diez y seis millones que debía por el tratado de Ancona, dejando en poder de los franceses varias provincias hasta la conclusión del pago; por último, dar honrosa satisfacción por el asesinato del diplomático francés Baseville, muerto cuatro años antes en un tumulto del pueblo romano, y poner en libertad á todos los acusados políticos. Con razón escribía Mattei al Pontífice: «Las condiciones son durísimas, semejan á la capitulación de una plaza sitiada. Hasta este instante he temblado por Su Santidad, por Roma y por todo el Estado. Roma está salvada, la religión también; pero al precio de los más duros sacrificios». Exactamente lo mismo opinaron el Papa y la Congregación general de cardenales, que ratificaran el tratado por imposición de la fuerza. Cuando el veintisiete de Febrero se proclamó la paz en Roma, al júbilo de los primeros instantes sucedió la desesperación y la angustia,

por exceder á todos los recursos del país la contribución de cerca de cincuenta millones de francos que se había de pagar. Iglesias, Montes de Piedad, orfebrerías, ciudadanos, todos hubieron de entregar cuanta plata y oro poseían, en moneda ó en muebles, y todos los días se veía salir largas filas de carros, cargados de tesoros y de obras de arte. A la indignación causada por estas espoliaciones, mezclábase en muchos un sentimiento de desprecio para aquel gobierno de sacerdotes, cuya debilidad no había sabido conjurar semejante desgracia. Por su parte, Bonaparte envió el tratado al Directorio, diciéndole: «Vale más tomar definitivamente posesión de las tres más hermosas provincias del Estado de la Iglesia, con el asentimiento del Papa, que conquistar provisionalmente el Estado entero á reserva de lo que se acuerde en la paz general». Añadía que, después de la fuga del Papa, habría sido imposible levantar una fuerte contribución; que el tratado de Tolentino podría ser el primer paso hacia la paz general, y que, perdidas sus más ricas provincias, el Estado de la Iglesia se disolvería por sí mismo, y entonces sería ocasión de arreglar las cuestiones religiosas. Demasiado sabía que el Directorio no se negaría á ratificar el tratado. Terminada tan á medida de su deseo la guerra con Roma, la misma tarde del diez y nueve de Febrero salió de Tolentino camino de Bolonia, para preparar la marcha contra el Austria.

Los restos del ejército austriaco se habían dividido después de la rota de Rívoli, retirándose diez y siete mil hombres en el Tirol y catorce mil en Friul. Daba lástima ver á estas tropas, abatidas, desarrapadas, hambrientas, con enorme impedimenta de heridos y de enfermos. Imposible que pudiesen resistir el menor ataque. «Todos los generales, decía Thugut, tienen orden de batirse hasta el último extremo, y todos, al acercarse los franceses, huyen como el diablo». A fines de Enero, Allwintzy ordenó retirarse detrás del Piave. El anciano general pedía con insistencia el relevo; los oficiales se quejaban, los soldados no obedecían; más que ejército, parecía aquello un grupo de hordas emigrantes. En Viena, todos estaban consternados. Consternada la Emperatriz, á la que sus parientes de Nápoles no cesaban de aconsejar la paz; consternada la nobleza, hostil á la política de la guerra por odio al advenedizo Thugut; consternado el pueblo, que ya no podía con las cargas siempre crecientes de la guerra. Sólo Thugut seguía impertérrito, resuelto á no deponer las armas sin provecho. Después de Rívoli, escribía al conde Colloredo: «La situación es crítica; pero peor sería perder la cabeza, como nuestro pobre ejército de Italia». Después de la caída de Mantua, decía aún: «No nos faltan recursos, lo que nos falta es armarnos de energía». Con Inglaterra, después de los últimos actos, se creía desobligado de toda consideración, siendo ahora su interés principal, no las operaciones del Rin, como en el noventa y seis, sino la guerra de Italia. Para ello, era menester, de las tropas victoriosas del Rin, enviar á la Península más de veintidós mil hombres, los cuales, por las vacilaciones del Emperador, no podrían llegar á su destino hasta el mes de

Abril. Allwintzy fué reemplazado por el archiduque Carlos, en el que Thugut fundaba grandes esperanzas, fantaseando que podría reunir todavía tropas considerables en el Tirol y penetrar en Lombardía antes de que Bonaparte concluyese la paz con el Papa. Pero Thugut llevaba el reloj con mucho retraso. El Archiduque recibió con disgusto el nombramiento, considerando el caso casi como desesperado, y con esta disposición de ánimo se fué al Tirol á inspeccionar las fuerzas. Encontró la situación mucho peor de lo que había supuesto. Más de la mitad de las tropas de línea acababan de retirarse tras el Piave, para proteger el Friul, y el resto, ocho mil hombres escasos, se hallaban cerca de Salurn. La milicia del país, que ascendía á diez mil hombres, menguaba de día en día. Grandes eran su voluntad y su valor físico, pero pésima su organización. Hábil para las escaramuzas, no soportaba las fatigas ni las largas privaciones. Desde que Joubert amenazara quemar toda aldea cuyos habitantes hubiesen tomado las armas, no había que contar con los tiroleses italianos. Convencido de la imposibilidad de defender la parte montuosa, el Archiduque tomó las medidas convenientes para evocar á Botzen y hasta Brizen al primer ataque. Volvió su atención al cuerpo de Friul, de unos veintitrés mil hombres, que halló sin disciplina y sin alientos, siendo lo peor del caso que no podía comunicárselos al Archiduque, de complexión reflexiva, equilibrada y previsor, pero fría. Cuanto más examinaba y calculaba, más negro veía el horizonte. Escribió á Viena larga carta, cuyo contenido se resumía, al decir de Thugut, en el deseo de no intentar nada, aunque el interés del país lo reclamase, por no comprometer su gloria augusta. No satisfecho con la carta, el diez y seis de Febrero partió para Viena, ostensiblemente, para activar el envío de los refuerzos; realmente, para ver si hallaba medio de soltar la pesada carga. Dejó á Allwintzy orden de llevar el grueso de las tropas más al Este, detrás del Tagliamento, la cual retirada, junto á la marcha del general en jefe, acabó de deprimir el ánimo de las tropas. Desde todos puntos de vista, esta orden fué descabellada. Por una parte, el primer golpe del adversario le obligaría probablemente á retroceder más al Este, con peligro de perder su línea de retirada á Viena; por otra, se cortaba toda comunicación con el ejército del Rin, al paso que en el Tirol, operando entre los dos cuerpos enemigos, hubiese podido renovar el glorioso juego de su última campaña. A primeros de Marzo, el ejército del Friul se elevó á veintisiete mil hombres; el de Tirol á catorce mil, sin contar diez mil tiroleses del país. En estos mismos días llegaba á la frontera del Tirol la primera división de los refuerzos del Rin; pero le quedaba largo camino que andar todavía, hasta unirse en el Friul al ejército principal.

Del mismo modo que Thugut, el Directorio, por consejo de Bonaparte, consideraba la Italia como el principal teatro de la próxima campaña, y enviaba destacamentos considerables del Rin al Adige. Habíanse prometido á Bonaparte treinta mil hombres de refuerzo: la división Bernadotte del ejército del Sambre, la división Delmas del ejército del

Rhin y algunas semibrigadas del interior, todas las cuales se hallaban en el Adige á fines de Febrero, cuando la columna austriaca estaba llegando á la frontera bávara. El efecto de estas divisiones resultó muy inferior á lo calculado: primero, porque ya no partieron completas del Rhin; segundo, por el gran número de bajas, entre enfermos y desertores, que tuvieron en el camino. Los treinta mil hombres quedaron reducidos á diez y nueve mil. Cuando Bonaparte pasó revista á todas las fuerzas de que podía disponer, la cuantía de estas no fué más que de sesenta y siete mil franceses y siete mil italianos. Con fuerzas tan escasas, no habría podido dar un solo paso si el Archiduque hubiese reunido en el Tirol número igual de combatientes. Todavía, de estos setenta y cuatro mil hombres, tenía que dejar cerca de nueve mil para guarnecer las plazas del Piamonte, de Milán, Mantua y Verona, quedándole para campaña apenas cincuenta y dos mil, los cuales tenía que dividir entre el Tagliamento y el Tirol. Contra el Tirol destinó las tres divisiones Joubert, Rey y Dallemagne, diez y ocho mil hombres, cuyo mando en jefe confirió á Joubert. Quedábanle cuatro divisiones, Massena, Augereau, mandada á la sazón por Gueux, Serurier y Bernadotte, treinta y cuatro mil hombres en conjunto, para invadir un imperio que contaba veintitrés millones de habitantes y recorrer, hasta llegar á Viena, una distancia de setenta leguas. Estas cifras expresan con sobrada elocuencia lo temerario de la empresa. Añadiase á esto que Bonaparte no podía esperar apoyo de ninguna parte. Un tratado que había concluido con Cerdeña y en cuya virtud el rey sardo debía proporcionarle diez mil hombres contra el Austria, no fué ratificado por el Directorio. Ciertamente Carnot le anunciaba en Febrero que los ejércitos del Rhin y del Sambre romperían el ataque al mismo tiempo que el de Italia; pero Bonaparte sabía muy bien que, por falta de dinero, aquellos anuncios no se cumplirían hasta unas semanas más tarde, cuando ya le hubiesen llegado al enemigo los refuerzos del Rhin. Preveía, de otro lado, que, obrando de concierto los tres ejércitos, el resultado sería seguro y brillante, mas no para su gloria personal. Por todo ello, resolvió, sin desconocer lo peligroso de la empresa, acometerla sin perder momento. Gloria tenía bastante; faltábale, dados los sentimientos del pueblo francés, el mérito de concluir la paz. ¿En qué condiciones? Ya las tenía pensadas. Estaba seguro, por las negociaciones del año precedente, de que Austria no aceptaría la paz, con desecharla fervorosamente, mientras no se le ofreciese, á cambio de Bélgica y Milán, una compensación bastante. ¿Cual? El Directorio se había fijado en Baviera; no era ese el camino. Bonaparte había decidido ofrecer Venecia, convencido de que sería aceptada. Tales eran sus pensamientos.

De Bolonia se trasladó á Mantua, donde adoptó las últimas disposiciones para la campaña. El nueve de Marzo se hallaba en Basano. Su plan era tomar la ofensiva, atacando por todos los puntos á la vez, y marchar con ímpetu adelante. Massena, con el ala izquierda, rompería el fuego contra el valle superior del Piave; Serurier, Gueux y Bernadotte

avanzarían contra los cuerpos del Friul, en el bajo Tagliamento, mientras que Joubert, remontando el valle del Adige, rechazaría á los austriacos hasta Inspruk. Cuando todos estos golpes hubiesen caído sobre los austriacos, empezaría á cumplirse el destino de Venecia, derribando al gobierno aristocrático en las ciudades de Tierra Firme. No le importaba á Bonaparte que se sublevase á sus espaldas esta República. En Rumanía, á unas jornadas de las fronteras de Venecia, quedaba el general Víctor, con diez mil hombres; de un día á otro quedaría libre la guarnición de Livurna, con fuerza de doce mil hombres, y con estos elementos bastábale para sofocar cualquier rebelión que intentase aquella República caduca y degenerada. El diez de Marzo, publicó un manifiesto anunciando á las tropas el comienzo de la campaña: recordaba en este escrito los actos del año anterior, en el que las banderas francesas habían flotado por primera vez en las orillas del Adriático, frente á la antigua Macedonia; ponderaba los sentimientos pacíficos del Directorio; acusaba al Austria de haberse puesto á sueldo de la política mercantil de Inglaterra, por el cual delito era menester castigarla, imponiéndole la paz en la misma Viena y rebajándola á la categoría de potencia de segundo orden. El tono de este manifiesto revelaba los nuevos planes de Bonaparte, que se iban dilatando con el curso de sus victorias. La vista del Adriático había abierto á su ambición los países del Oriente, surgiendo en su fantasía como modelo la imagen del brillante héroe macedónico. Sus nuevos proyectos se extendían ya mucho más allá del pequeño continente europeo, por las inmensidades del Océano, sobre el que Inglaterra, dominadora de los mares, se erguía como el último de sus adversarios, el único digno de este nombre. La lucha con el Austria ya no tenía para él otra importancia que la de aplastar á Viena, servil aliada del poder británico; y los minutos se le hacían siglos para llevar á término esta secundaria empresa, con el ulterior fin de dirigir luego todas sus fuerzas contra Inglaterra, derribarla, y después extender su poder por todo el mundo. De esta suerte, cada fin cumplido trocábase, en aquella hirviente cabeza, en medio para otros más grandes fines. Su guerra con el Papa fué medio para invadir el Austria; su guerra con el Austria iba á ser medio para avasallar á Inglaterra; su guerra con Inglaterra sería medio para dominar en toda la redondez de la tierra. Aquella naturaleza empezaba á desequilibrarse; la magnitud de los fines ya no estaba en relación con la potencia de los medios.

El Archiduque había dejado dos destacamentos como avanzada en el Piave: el príncipe Hohenzollern, con tres mil setecientos hombres, y el coronel Lusignan, con tres mil doscientos. Contra este último se dirigió Massena el mismo diez de Marzo con fuerzas cuádruples, y el doce, en un valle angosto y abierto entre rocas, cerca de Lougarone, le hizo prisionero con setecientos soldados, huyendo los restantes á la desbandada. Massena regresó á Bellune, de donde se dirigió hacia la cuenca alta del Tagliamento. Hohenzollern se salvó de las divisiones Gueux y Serurier, incorporándose al grueso del ejército, detrás